

ción ingrata y perversa, de corazón más duro que los antiguos Israelitas y de malicia más refinada que los Fariseos? Pero Dios, cuya misericordia no puede circunscribirse en los estrechos límites de la humana inteligencia, *cujus misericordiae non est numerus*, quiso mostrarse con nuestros contemporáneos más generoso aún que con su pueblo predilecto. A su querido Israel respondió Jesucristo con dureza: Esta generación perversa y adúltera quiere un milagro, y no se le dará más milagro que el de Jonás el Profeta, *et signum non dabitur ei nisi signum Jonæ Prophetæ* (LUC. XI, 29); y delante de Herodes, que suspiraba por verlo hacer un prodigio, permaneció silencioso é impasible sin satisfacer su curiosidad. No así ante la incredulidad de nuestros días. Cuando más muerta parecía la fé, cuando más se negaba todo lo divino, cuando el racionalismo imperaba, al parecer triunfante, y el positivismo y el materialismo tremolaban su inícuca bandera, obró la Divinidad no un prodigio sino muchos, no un milagro sino una cadena de milagros, y todo de una manera tan patente, tan manifiesta, tan pública, tan evidente, que sólo sátiras pudo oponer la impiedad, pero nunca una negación razonada. Aunque todos la conocéis, permitidme que en breves palabras os recuerde la historia de la aparición de Lourdes y de los portentos que con ella vinieron.

Era el año de 1858. La que es ahora célebre en los anales eclesiásticos, conocida de todo el mundo y visitada por millones de peregrinos y viajeros, era entonces una pequeña ciudad, comparativamente ignorada, en la falda francesa de los Pirineos. Entre una roca, á cuyo pié se abría una cueva de figura indescribible, y el pin-

toresco río *Gave*, cuyas frescas aguas corrían con dulce rumor, una pastorcilla de catorce años jugaba ó apacentaba su rebaño. De repente una mujer de aspecto celeste se le aparece del lado de la montaña. No hay necesidad de describiros su figura y ropaje: estáis familiarizados con ambos, y tenéis delante de los ojos su fiel retrato, en la bella imagen á cuyas plantas acabáis de postraros. Si tan hermosa es la escultura, figuraos cuán encantadora no aparecería en realidad la divina Señora, con ese rostro virginal, esas manecitas unidas en actitud de orar, la destrenzada cabellera, la cándida vestidura ceñida con flotante banda color de cielo, y el rosario colgado al torneado brazo. El cincel lo ha copiado todo, con cuanta perfección cabe en un mortal; pero lo que no es posible trasladar al mármol ni á la tela, es la sobrehumana expresión de la mirada, y la suave brillantez de la auréola que circundaba á la Virgen.

No era un sueño ni una ilusión. Los ojos de la niña la veían claramente; sus oídos percibían con distinción las palabras que le dirigía, y no sólo una vez vino aquella celestial visita, sino que hasta diez y ocho veces se repitió la aparición.

¿A qué recordaros las contradicciones que suscitó la narración de la niña? En una época como la presente tenían que rebelarse contra la posibilidad de un milagro los impíos y los incrédulos, lo que se llama el *mundo oficial*, y los cristianos tibios que quieren agradar á la par á Dios y á Mammón. ¡Cuántos interrogatorios capciosos tuvo que sufrir la pastorcita de parte de las autoridades civiles! ¡Cuántas amenazas se dirigieron á ella misma, y á sus padres, y al pueblo entero! Tropá armada circun-

dó la gruta milagrosa, edictos severísimos se promulgaron contra los que acudieran á orar al lugar de las apariciones. Fuerza, astucia, ardidés, engaños, todo se empleó para sofocar el rumor del prodigio, para confundir lo que juzgaban una impostura.

No fué esto lo más duro para la niña favorecida de María. La autoridad eclesiástica sabía muy bien que hasta la consumación de los siglos habrá milagros en la Iglesia de Dios. No ignoraba que del mismo modo que á Ildefonso de Toledo, entre otros muchos, podía la Virgen Santísima dignarse visitar á la pastora de Lourdes. No se le escondía que quien había santificado el Monte Esquilino mandando que se le construyera en él una Basílica, podía igualmente santificar la gruta de Massabiellés, haciendo que se edificara un templo sobre la roca que le sirve de techo. Podía, sí, la Madre de Dios aparecerse á la pobre campesina; pero ¿se había en realidad aparecido? ¿No era víctima la pobre niña de una extraña ilusión?

Diligente sobremanera fué el examen á que el Prelado de la diócesi sujetó á la pastora. Tenía no sólo que recoger pruebas que bastaran á convencerlo á él mismo y al pueblo piadoso de la realidad del milagro, sino que fueran suficientes para imponer silencio y aun convencer á la impiedad. Severos fueron los jueces nombrados por el Diocesano; terribles los interrogatorios que sufrió la zagaleja; minucioso el cuidado con que se escudriñaron personas y lugares; largo el tiempo que se gastó en las investigaciones. Ni ante la autoridad civil, ni ante la eclesiástica titubeó un momento la doncellita. Ni una contradicción, ni una incoherencia, ni la más mínima se-

ñal de impostura pudo en ella descubrirse; y los jueces civiles tuvieron que enmudecer, mientras que los eclesiásticos declaraban verdadero el milagro, y el Obispo daba pasos para que se construyera el templo que había mandado edificar la Virgen aparecida.

¡Y con razón! No hubo que creer á la pastora bajo su palabra, por fidedigna y sencilla que fuera. Una señal le hicieron pedir á María, de que era real y verdadera su divina visita; y una señal dió la Reina del cielo, que bastara á convencer á los habitantes del mundo entero. Árida y seca era aquella roca; ni una sola gota humedecía las arenas de la gruta; de ello daban y dan testimonio los habitantes todos de aquellas comarcas. A la voz de María brotó un manantial de aquella peña; manó un raudal tan abundante, que pudo formar presto una piscina en que se bañaran multitud de peregrinos, y que no ha cesado de correr en veinticinco años, aunque cada día se sacan inmensas vasijas para abastecer á los fieles del Viejo y del Nuevo Continente. Grande era por sí solo este portentoso; y bastara para que glorificáramos con las palabras del Salmista, al Dios omnipotente, que ahora lo mismo que hace treinta siglos, convierte la piedra en estanque de aguas, y la roca en fuentes de aguas, *qui convertit petram in stagna aquarum, et rupem in fontes aquarum.* (Ps. cxiii.) Pero no bastó á la inagotable liberalidad del Señor. Esa agua fué dotada por su benéfica mano con la virtud de curar toda clase de enfermedades, y no sólo á los que van á bañarse en la fuente, sino á muchos que en lejanas tierras se han rociado con pocas gotas de esa linfa prodigiosa, ha sido concedida la salud, antes en vano buscada de mil maneras. En la

Probática Piscina, de que nos habla la Escritura, era preciso aguardar cada año al ángel que moviera las aguas; y sólo el primero que se bañaba después del movimiento podía esperar la salud. No así en la Piscina de Lourdes, en que las curaciones han llegado á ser tan numerosas que nos han acostumbrado á los milagros. Las vieron los campesinos de aquellas comarcas, apenas se habían verificado las apariciones. Las vieron los peregrinos de los contornos, cuando empezó á edificarse la Iglesia. Las siguieron presenciando los extranjeros que de todas partes empezaron á concurrir; las vimos los Obispos, y sacerdotes, y fieles allí congregados, cuando se consagró la Basílica; y en los años que de entonces acá han trascurrido no se ha debilitado la virtud de aquella agua, como consta aun á muchos de los presentes.

¡Y quién lo creyera! Grandes milagros como son las curaciones de enfermedades corporales, efectuadas con el agua de Lourdes, desaparecen si las comparamos con las curaciones de las dolencias espirituales que en esa gruta sagrada se verifican diariamente. Contad, si podéis, los peregrinos que como torrentes desbordados afluyen sin cesar á la Basílica de Lourdes. Contad, si podéis, el número de antorchas que cada noche circulan una tras de otra, como serpiente de fuego, llevadas por infinitos penitentes que caminan en procesión á la fuente divina. La ciencia moderna ha puesto á disposición de la piedad cristiana todos sus inventos, para conducir á Lourdes con rapidez y en grandes números á los devotos de María. Vías férreas se construyeron á propósito, y en ellas cada mes y cada semana se multiplican los largos trenes de inmensas carrozas; y á veces no bastan

para la multitud de peregrinos. Pues bien, esta innumerable muchedumbre que allí concurre, no se compone de viajeros curiosos, de *excursionistas* de placer (como ahora se llaman). La forman inmensas cruzadas de fieles devotos, que á los piés de María van á llorar sus pecados; que en la gruta, ya purificadas sus almas, van á alimentarse con el Pan de los fuertes; que habiendo recibido lejos el primer impulso de la gracia divina, van á que la Virgen inmaculada les dé el empuje decisivo que los saque del abismo de la culpa. Y estas conversiones, notadlo bien, estas peregrinaciones numerosas, estas procesiones de casi cada día y cada noche se verifican en la actualidad, han tenido lugar durante veinticinco años; y en el año presente en que la anarquía y la impiedad se han agitado más que antes en el suelo de Francia, también ellas han recobrado nuevo vigor, al cumplirse el jubileo de las apariciones.

Es regla, Hijos míos, para conocer cuáles son apariciones verdaderas, y cuáles efectos de una mera ilusión; cuáles visiones celestiales y cuáles, visitas de Satanás y sus rebeldes ángeles, el investigar los efectos buenos ó malos que ellas producen. Si veis que quien afirma tener comunicación con los espíritus abandona la Iglesia, se entrega á los placeres del mundo, viola la santidad del hogar, fomenta el orgullo, se hace esclavo del vicio. . . . ¡oh! ya sabéis sin necesidad de ulteriores inquisiciones que, ó cuanto afirma es impostura, ó que es Satanás quien lo favorece con sus coloquios. Si por el contrario, tras de una visión vienen efectos como los que han seguido á la de Lourdes; si florece la Iglesia de Cristo; si la paz y la caridad reinan en las familias y los individuos; si

germinan flores de virtudes y frutos dignos de penitencia, entonces (os diré como el Señor á Moisés) desatad vuestro calzado, porque la tierra que pisáis es santa: las visiones son sin duda del cielo, sólo de la diestra del Altísimo pueden venir mutaciones tan maravillosas.

No siendo dado á todos el presenciar tamaños prodigios, no pudiendo sino muy pocos en estas apartadas regiones unirse á los peregrinos que acuden á la gruta de Lourdes, ni bañarse en su piscina, ni orar bajo las gigantescas bóvedas de su templo, en muchas partes de nuestro país y de otras regiones se le han erigido altares y se le han consagrado capillas especiales en los antiguos templos. Vosotros tuvisteis una idea más generosa y sublime, y quisisteis erigirle nada menos que un templo en la cumbre de esta montaña, que domina toda la ciudad, y á cuya falda se desliza el torrente que, ahora seco y humilde, ruge á veces terrible y corre causando horrorosos estragos. Laudable fué mil veces el pensamiento; generosa la acción de los que llevaron á cabo el proyecto: no os pese el escucharme aún algunos instantes, y recibir mis felicitaciones.

II

Era el 8 de Diciembre de 1854. Multitud de Obispos de todo el orbe, congregados en la augusta Basílica Vaticana, formaban, juntamente con los Padres Purpurados, gloriosa corona en derredor del inmortal Pío IX. Inmensa muchedumbre de fieles estaba pendiente de los labios del Supremo Jerarca, y universal fué el regocijo cuando el inspirado Pontífice declaró solemnemente que era revelada por Dios, y debía ser considerada por todos como dogma de fé, la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Después de una proclamación tan solemne, que añadía á la diadema de nuestra amante Madre su más bello florón, sólo faltaba que se rasgasen los cielos, como cuando Jesucristo fué bautizado en el Jordán, y una voz divina viniese á confirmar de lo alto, lo que la Cabeza visible de la Iglesia había pregonado en la tierra.

Los cielos se rasgaron, y esta voz se escuchó. Poco más de tres años habían trascurrido, cuando la pastora de Lourdes fué favorecida con la primera aparición; é instada mil veces por la niña la celestial Señora á que revelara su nombre, profirió las palabras que bien sa-